

## *Introducción*

*No es la primera vez que el género humano se enfrenta a graves crisis ambientales, pero es la primera que se extiende, en una dimensión planetaria, la percepción de una crisis ecológica. El efecto invernadero, el fenómeno de la lluvia ácida, la disminución y los agujeros en la capa de ozono, la sobreexplotación de las aguas subterráneas y superficiales, la deforestación de extensas zonas de selvas tropicales, la contaminación provocada por la agricultura química y las actividades industriales, la amenaza radiactiva, el agotamiento de los recursos naturales, la alarmante reducción de la biodiversidad silvestre y agrícola del planeta, etc., son manifestaciones de una crisis que no distingue clases, razas, religiones, naciones o estados. Problemas ambientales que tienen su origen en el aumento de la población humana, en la desigualdad y en un estilo peculiar de producir, orientado no a la satisfacción de las necesidades básicas sino a producir para el mercado y para la generación de beneficios crematísticos. Este modelo productivo se basa en el consumo de energía y materiales que no son renovables y que generan residuos perjudiciales para la estabilidad de los ecosistemas.*

*Esta crisis no es sólo una crisis ambiental, constituye también una Crisis Civilizatoria que sacude cada uno de los fundamentos sobre los que se asienta la actual Civilización Occidental. Alcanza tanto al propio mito del crecimiento económico, generador de «bienestar, como a la propia teoría económica que lo sustenta; afecta a una sociedad cada vez con mayores desequilibrios y desigualdades sociales, con mayores niveles de marginación y violencia estructural; afecta a los dos pilares fundamentales de organización del mundo moderno: a los Estados-Nación y a los sistemas de democracia formal; afecta a la cultura occidental, incapaz de escapar a los valores del consumo y del hedonismo utilitarista y antropocéntrico; afecta, igual-*

mente a la Ciencia, con el derrumbe de los paradigmas tradicionales basados en el conocimiento especializado y parcelario.

Parece obvio que la Historia como ciencia social no puede permanecer impassible, como si nada hubiese ocurrido, anquilosada en formas de construir el discurso histórico justificadoras de una civilización en crisis. Resulta imprescindible replantear los supuestos teóricos y metodológicos con los que hemos solido abordar el pasado, y que nos han llevado a hacer una historia antropocéntrica basada en la idea hegeliana del progreso material, glorificadora del desarrollo tecnológico y de sus impulsores, la burguesía o el proletariado, justificadora de la guerra y de los conflictos armados, glorificadora del Estado-Nación, etc.; normalmente ciega ante los enormes costes sociales del progreso e ignorante de los daños ambientales que ha producido. Hemos hecho una historia temerariamente optimista que debe someterse a una seria revisión acorde con la crisis civilizatoria en la que nos encontramos.

Este replanteamiento crítico debe partir de un cambio epistemológico que restituya la unidad que nunca debió perderse entre el Género Humano y la Naturaleza. Esta separación artificial, que reposa en la vieja idea de que los seres humanos debían y podían dominar la Naturaleza en su propio beneficio, tomó cuerpo con la Ilustración y sigue dominando aún tanto el quehacer científico como la mayor parte de nuestros comportamientos. Cualquier revisión historiográfica debiera reintroducir en el análisis histórico las variables ambientales; no desde la perspectiva de los obstáculos que para el desarrollo económico suponen las condiciones impuestas por el ambiente, sino desde la consideración de los humanos como componentes indisolubles de la Naturaleza. Ello implica entender la Historia como el proceso de coevolución entre los humanos y su medio, partiendo del carácter inseparable de los sistemas sociales y ecológicos.

Implica también la puesta en cuestión de la idea de Historia como progreso, es decir, la idea de que la evolución del hombre es siempre hacia mayores cotas de bienestar. Ni la ciencia ni la tecnología han servido hasta ahora para crear un mundo más armónico. Los historiadores deberíamos, por tanto, variar nuestro objeto de estudio y nuestra concepción evolutiva del mismo: el ser humano, desligado de su medio natural, y el despliegue de sus habilidades para, dominándolo, conseguir mayores niveles de perfección. La actual Crisis Ecológica muestra lo contrario e induce a interpretar el pasado en tér-

*minos no únicamente de relaciones entre seres humanos, sino de relaciones entre los seres humanos con la Naturaleza. Ya no puede ser el bienestar material alcanzado el indicador principal a la hora de juzgar determinadas civilizaciones, sino también el tiempo en que pudieron mantenerlo: el carácter sostenible (perdurable en el tiempo gracias a un manejo eficiente del medio) o no de las sociedades en el pasado, junto con las propias relaciones sociales específicas de cada una, devienen en objetivos esenciales de la Historia.*

*La Historia puede y debe entenderse como un proceso evolutivo marcado orgánicamente por el cambio. Pero la evolución no parece que pueda concebirse en términos de progreso ni que podamos distinguir estadios más altos o más bajos. Los hechos parecen desmentir las concepciones evolucionistas en un sentido unilineal, que identifican la evolución como un movimiento hacia formas de sociedad material y moralmente superiores y que aseguran la existencia de una única línea de desarrollo de las sociedades humanas desde lo más sencillo a lo más complejo. Desde Hegel y Spencer, la mayoría de los científicos sociales -Durkheim, Marx, Weber, Parson, etc.- han creído en esta noción de evolución social, como un incremento de la división social del trabajo, de la diferenciación social o de la capacidad adaptativa de las sociedades.*

*La tendencia histórica de éstas ha sido, aparentemente, hacia una mayor complejidad como ocurre también en la evolución biológica; pero en tanto que los organismos complejos tienen una mayor capacidad de adaptación a los ecosistemas, no ha ocurrido lo mismo con la evolución social. No puede decirse que las sociedades complejas hayan mostrado una capacidad de adaptación mayor que las sencillas. La degradación ambiental y la amenaza nuclear muestran precisamente que nuestra capacidad de supervivencia no ha aumentado, sino más bien al contrario. Nuestra propia historia como especie -si no la miramos desde el prisma eurocéntrico- muestra la existencia de varias líneas de desarrollo conducentes desde un tipo de sociedad a otro. Desde este punto de vista, que explica el cambio en términos de una serie de respuestas concretas a condiciones y requerimientos particulares, los diferentes tipos de sociedad pueden incluirse en categorías en función de su nivel de complejidad y diferenciación interna, pero no se deduce de ello que todas tengan que seguir un único camino, ni la superioridad moral de unas sobre otras. Ello implica, como bien muestran Gadgil y Guha en su Historia Ecológi-*

ca de la India, poner de nuevo en el centro de la historia a los seres humanos, pero no aislados sino en interacción continua con su medio ambiente, como actores de su propio destino, en ningún caso manifiesto.

La avanzadilla de este necesario cambio de paradigma historiográfico se encuentra en la denominada Historia Ecológica o Historia Ambiental. Nacida de la influencia del ambientalismo en los Estados Unidos y de la tradición geográfica francesa, apareció con fuerza a finales de los setenta, aunque ya contara con sólidas aportaciones anteriores como la de Lewis Mumford. Desde entonces no ha dejado de crecer, a la par que la conciencia mundial sobre los peligros ambientales, y se ha convertido en una nueva manera de hacer historia. Sin embargo, está aún en sus comienzos, y dista mucho de haber unanimidad en torno a qué es o qué debe ser la Historia Ecológica; tanto que han surgido escuelas que defienden concepciones distintas e incluso enrentadas.

No obstante, algunas características definitorias podemos avanzar. Ante todo, no es una nueva especialidad historiográfica que pueda añadirse a la historia económica, agraria, de las mentalidades, de los movimientos sociales, etc. No es tampoco un campo específico de conocimiento dominado por las ciencias naturales. En realidad, la Historia Ecológica no debiera existir más que como un estilo alternativo de ampliar la comprensión de la historia, cuyo sentido y razón de ser desapareciera cuando su discurso hubiese sido asumido por la comunidad de los historiadores. Aspira sobre todo a ecologizar la historia, a entender el pasado de los seres humanos en su medio ambiente. Trata de comprender las relaciones estratégicas entre los seres humanos entre sí y con la Naturaleza, de la que dependen para su subsistencia y de la que forman parte como seres vivos.

Resulta evidente que no todos los hechos humanos pueden explicarse desde el punto de vista ambiental ni tan siquiera la propia evolución de la Naturaleza, ya que la antropía ha alcanzado prácticamente todos los rincones del planeta. En este sentido, la Historia Ecológica no practica ningún tipo de imperialismo metodológico como creen algunos historiadores que reivindican el conocimiento historiográfico para el ámbito exclusivo e incontaminado de las ciencias sociales puras. Pero los condicionamientos ecológicos no constituyen tampoco una variable más que haya que tomar en cuenta en la evolución de las sociedades.

## Introducción

No obstante, la Historia Ecológica debe enfrentarse a algunos riesgos de carácter teórico y metodológico que amenazan con desvirtuar su discurso. En primer lugar, el riesgo de considerarla como una Historia de los recursos naturales, tratando de analizar principalmente los condicionamientos ambientales a la actividad humana y cómo el hombre ha ido respondiendo tecnológicamente a la escasez de los recursos naturales. Esta manera de hacer historia no tendrá de ecológica más que el nombre al ser aún tributaria de una concepción mecánica e instrumental del medio ambiente, al que el hombre debe dominar para satisfacer sus necesidades. La Naturaleza sería una especie de hábitat pasivo compuesto por animales, plantas y minerales útiles unos e inútiles otros, una especie de almacén de recursos naturales utilizables, como materias primas, o desechables.

Otro grave riesgo es el de confundir la historia de los seres humanos con una historia natural, ya sea por la creencia en la determinación físico-biológica de las sociedades, ya por la consideración del hombre como un animal más. La dinámica de las sociedades difícilmente puede explicarse sólo en función de las leyes de la Ecología y de la Termodinámica, ello es tan absurdo como pensar que pueden explicarse sin su influencia. Deben rechazarse aquellos planteamientos que pretenden poner en el centro del análisis histórico los dogmas de la Sociobiología, por ejemplo, analizando las relaciones sociales como si de ecosistemas humanos se tratara, con dinámicas y comportamientos teorizados a partir del estudio de las otras especies animales. La Ecología por sí sola no puede dar cuenta de todas las modalidades de relación entre las sociedades humanas con la Naturaleza. Puede constituir un elemento clave del análisis historiográfico pero a condición de que no pretenda sustituirlo totalmente.

Entender la historia ecológica únicamente en términos de flujos de energía forma parte del mismo tipo de riesgo. Con cada acontecimiento cierta cantidad de energía queda disipada para siempre, de tal manera que en cada fase de la historia las reservas de energía disponible en el mundo tienden a disminuir, aumentando el desorden total del mundo. Por ello es por lo que en cada una de estas fases los seres humanos han tenido que crear tecnologías cada vez más complejas y nuevas instituciones sociales, económicas y políticas, para mantener un nivel moderado de existencia humana. Esta interpretación de la historia en términos termodinámicos o energéticos es desde luego atractiva. Aunque la Segunda Ley de la Termodinámica

*funciona a escala humana, no todas las sociedades han consumido energía y materiales con la misma velocidad, manifestando grados distintos de producción de entropía, e incluso hoy existen -en medio de un mundo dominado por un altísimo consumo de energía fósil y de materiales- sociedades que mantienen una relación de baja entropía con la Naturaleza, principalmente en el Tercer Mundo. Además, la Tierra es un sistema termodinámico abierto a la entrada de energía solar, y nada hay escrito definitivamente sobre el aprovechamiento futuro de ésta. Por tanto, como afirmó Georgescu-Roegen, uno de los más reputados economistas ecológicos, la ley de la Entropía impone límites materiales a los fenómenos sociales pero no los gobierna.*

*La Historia Ecológica es, ante todo, un campo de investigación histórica donde confluyen las ciencias naturales y las ciencias sociales con una vocación interdisciplinar. El investigador debe estar familiarizado con las teorías, las categorías y los métodos de ambas ciencias, partiendo de un enfoque sistémico, que combina los conocimientos de las distintas disciplinas en un ámbito histórico. La Historia es integradora, holística si se quiere decir así. Ello implica poner el acento no sobre hechos históricos ya dados que sólo hay que exhumar y las causas que los provocaron, como sugiere la práctica historiográfica de orientación neopositivista; sino sobre las relaciones entre los distintos componentes de la realidad histórica que la explican y le dan sentido. Los propios avances de la ciencia han superado la virtualidad cognitiva del paradigma newtoniano que creía posible el estudio parcelado de fenómenos específicos, desconectados de su universo de relaciones, para después conectarlos con otros en una especie de relación causal pura. En nuestro mundo, todos los fenómenos están conectados mediante una amplia y compleja red de relaciones mutuas que los convierten en interdependientes en el seno de un proceso dinámico de evolución constante.*

*Finalmente, podríamos decir que existen tres grandes grupos de temas en los que focaliza su atención la Historia Ecológica y que se corresponden con otros tantos supuestos básicos de los que parte sobre las interrelaciones entre la Naturaleza y la Sociedad. El primero se refiere a la dinámica evolutiva de los ecosistemas y su influencia sobre el desarrollo de las sociedades. La duración de los procesos biofísicos a menudo excede a la concreta experiencia de los individuos y aun de las civilizaciones. El análisis del consumo de los recursos*

*naturales sólo tiene sentido si se tiene en cuenta el tiempo que la Naturaleza ha invertido en su creación, es decir, su tiempo de producción. Los ciclos de regeneración y reproducción de materiales y energía, la capacidad productiva de los ecosistemas, se determina a largo plazo para la perspectiva humana.*

*Por otro lado, los grandes ciclos físico-biológicos establecen limitaciones o condicionamz'entos a veces muy estrictos al desenvolvimiento de las sociedades. El ejemplo más característico es el del clima y de sus fluctuaciones. Christian Pfister, por ejemplo, ha mostrado la alta correlación que en la Europa Continental existió entre las variaciones climáticas y los precios de los cereales hasta la difusión del transporte por ferrocarril y la integración de los mercados nacionales. La dinámica de los ecosistemas es también diferente a la de los sistemas sociales, pero a lo largo de la historia se ha visto perturbada de manera progresiva por el creciente poder antrópico de los seres humanos. Tales perturbaciones han generado aceleraciones o rupturas en su dinámica propia hasta producir cambios, algunas veces irreversibles.*

*Ello nos lleva al segundo grupo de cuestiones con que trata la Historia Ecológica: las distintas modalidades de organización productiva de las sociedades en la medida en que han traído consigo un trato específico de la Naturaleza. En otros términos, no todas las formas históricas de organización productiva han sido y son ecológicamente sostenibles; de hecho algunas permanecieron durante muchos siglos y otras fracasaron en su proceso de adaptación a los límites impuestos por los ecosistemas, si bien todas han manifestado problemas de adaptación más o menos significativos.*

*Y, finalmente, el tercer grupo se centra en las ideas y percepciones que orientaron las relaciones humanas con la Naturaleza. A lo largo de la historia, los seres humanos han construido marcos de referencia ideológicos o simbólicos para organizar las distintas actividades de la vida y darles cierta continuidad, conformando una determinada visión del mundo. La mayoría de los habitantes de los países occidentales cree que el mundo progresa de manera constante gracias a la acumulación de técnicas y al avance científico; cree también, al menos la gran mayoría, que el individuo existe como entidad autónoma, que la Naturaleza tiene un cierto orden, que la propiedad privada es consustancial a la naturaleza humana, etc. Sin embargo, otras culturas situadas en otras coordenadas espacio-tem-*

*porales serían incapaces de comprender las ideas que nosotros atribuimos a la naturaleza humana. La visión que tenemos del mundo es ante todo una construcción social, la concepción que tenemos de la Naturaleza es, pues, una creación de nuestra mente y por tanto histórica. Evidentemente, no todas las visiones culturales sobre la Naturaleza, generadas por las distintas sociedades o por los distintos grupos de cada una de ellas, han favorecido el mismo tipo de relación de los seres humanos con el medio ambiente.*

*Cada forma histórica de producción, cada sistema económico y social, ha combinado de manera específica el trabajo humano, los saberes, los recursos naturales y los medios de producción con el fin de producir, distribuir y reproducir los bienes necesarios en cada momento histórico para la vida. Por ello es que el conocimiento de la lógica económica, de las normas éticas y culturales propias de cada sociedad resulta esencial para determinar su grado de sostenibilidad. Dicho en otros términos, cada forma social de producción entendida en su doble vertiente de explotación del trabajo humano y de la naturaleza, marca límites históricamente precisos a la eficiencia ecológica en el manejo de los ecosistemas.*

*El presente volumen trata de ofrecer una gama variada de visiones sobre el objeto, los supuestos teóricos y los métodos de la ¿Historia Ecológica o Ambiental!. Recoge el intenso debate teórico que actualmente se produce entre las diversas corrientes que dominan el quehacer historiográfico en este campo de investigación. En la parte final se recogen cuatro aportaciones más empíricas, una referida a la historia urbana desde una perspectiva ecológica y las otras tres sobre la gestión de los recursos comunales -dentro de la polémica suscitada entre los defensores o detractores de estas formas de propiedad- y, concretamente, de los recursos marinos en general y de la pesca en particular.*